

El idiota

Arturo Souto A.

Al idiota lo sacaban muy pocas veces a la luz del sol, pero el hecho es que esas pocas veces coincidieron con la llegada del maestro al pueblo. Venía los veranos a las canteras para elegir los mármoles que le deberían llevar a su taller, y como era forzoso pasar por la aldea para subir al costado de la montaña calcárea, el artista solía hacer un alto para refrescarse de los ardores estivales. No despreciaba entonces el vino tierno que le ofrecían los lugareños, orgullosos de tener con ellos al divino escultor, y el maestro, complacido con esas muestras de admiración, alargaba su estancia hasta el atardecer. A pesar de su fama y riqueza, el artista no había dejado secar sus raíces campiranas. En cuanto le era posible, y esto sucedía siempre en el pueblo, se quitaba las botas para sentir la frescura de la tierra negra bajo sus pies no muy limpios. A los aldeanos les entusiasmaba esta sencillez y le ofrendaban aceitunas, cordero, queso, vino, pero el maestro era frugal y sólo aceptaba el vino y el queso. Solía llegar al mediodía, cubierto de una espesa capa de polvo calizo que humedecido por el sudor se le pegaba al rostro como una máscara de actor trágico. El maestro ya no era joven, y a la vuelta de la cantera, donde pasaba casi toda la jornada al rayo del sol, entre piedras de alabastro que lo reflejaban sin piedad, se encontraba cada vez más fatigado. El divino escultor era fuerte de cuerpo y espíritu, pero siendo mortal, los años le roían lenta e implacablemente, lo mismo que el mar roe la montaña dolomítica. Para él era un gran alivio sentarse a la sombra de los viejos olivares, beber el vino frío y dejar que las mozas le limpiaran el polvo de la cara y de los pies. Y a esa hora, la más ardiente, en la que hombres y bestias buscan la sombra, emergía de la oscuridad el idiota.

Era la vergüenza de la aldea y contadas veces lo sacaban, pero cuando lo hacían lo dejaban casi todo el día atado a un árbol con una larga cuerda en la que con frecuencia se enredaba como un perro. Su dueño, que insistía en que ése no era hijo suyo sino sobrino huérfano, tampoco parecía muy inteligente: siempre coincidía la visita del maestro con ese raro día en el que oreaban al idiota. Una muy poco delicada coincidencia. El artista detenía su mula frente a él y se quedaba contemplándolo melancólicamente hasta que el sol le picaba demasiado. Se iba entonces hacia la sombra de los olivos, y desde allí, a pesar del vino y del queso, lo seguía contemplando a distancia.

Nada comparable a estos encuentros entre el divino escultor y el idiota. El maestro montado en la mula soberbiamente engualdrapada de seda, ancha la tabla del pecho, florida la barba, fuerte y orgulloso entre rasos y brocados, seguido siempre por un cortejo de aprendices y admiradores. Y el idiota en harapos, pellejo puro, acuclillado o a gatas, sobre piernas tembleques y una sempiterna sonrisa en la boca abierta de par en par mientras lenta, viscosamente, le escurría la baba por las comisuras de los labios. Coceaba la mula del maestro y entonces el idiota abría más la boca y se incorporaba como un mono en el vano intento de acariciar a la bestia. Los criados se interponían y lo espantaban con gritos y garrotes. Pero el idiota lo interpretaba todo al revés y abría aún más la boca de sonrisa babeante. Si el maestro lo contemplaba con profunda gravedad, él se reía y se esforzaba por articular extraños sonidos. Si la mula retrocedía terca y nerviosa, si los criados le amenazaban con sus garrotes, él creía que todos eran sus amigos y sonreía abierta y desdentadamente.

Patizambo, cojeaba de un lado a otro, arrastraba los brazos flacos y peludos, pugnaba por quitarse la cuerda que lo ataba al árbol. Sus manos no sabían deshacer el nudo y sólo conseguía enredarse más y más hasta quedar pegado al tronco áspero. Sudoroso y jadeante, se aquietaba, se le humedecían los ojos y seguía sonriendo a pesar de todo. Ordenaba el maestro que lo desenredaran y lo miraba melancólicamente. Asesegado el idiota, el divino escultor se iba hacia la sombra del olivar y lo dejaba todo envuelto en una polvareda blanquecina con reflejos de rosa y oro.

Sonriente y empolvado, el idiota le seguía con la mirada hasta verle confundirse con el verdor oscuro de los olivos. Articulaba entonces sonidos rítmicos que podrían haber sido una canción, se acuclillaba en el suelo pedregoso y se rascaba desesperadamente la pelambre de la cabeza o las grandes ronchas en el pecho huesudo. Porque al idiota, la mayor parte del tiempo, lo tenían encerrado en un sótano tenebroso lleno de ratas. Allí lo dejaban sobre la paja podrida, comido de chinches y piojos que alguna vez se llevaba el idiota a la boca sonriente. Al anochecer le traían agua y sobras, y de día muy pocas veces veía la luz del sol, salvo éstos que casi milagrosamente coincidían con la llegada del maestro. Cuando lo sacaban al aire del día, se excitaba tanto el idiota que apenas podían echarle la soga al cuello. El idiota alzaba el rostro y se quedaba mirando fijamente al sol. Casi parecía oírse el chasquido de las pupilas al contraerse brutalmente, pero el idiota sólo sonreía, se restregaba los ojos, se sentaba en el suelo y comenzaba a amasar tierra mezclada con el agua sucia de un reguero que por allí corría. Se pasaba el día haciendo pelotas de tierra, pero de cuando en cuando levantaba la cabeza para mirar al sol hasta que las lágrimas le escurrían por la cara sucia de barro. Los aldeanos, viéndolo requemarse, le echaban agua por la enmarañada cabeza, pero el idiota parecía no sentir nada, embobado por la irradiación del astro que le alumbraba el rostro y le nimbaba de un fulgor de oro. Así pasaban las horas, pero si el viento traía un relincho lejano, o el chirrido de las carretas; si una polvareda se levantaba en la distancia, el idiota era el primero en percibirlo. Se ponía nervioso, soltaba las pelotas de tierra y se incorporaba para brincar y emitir toda clase de ruidos: silbos, chillidos, graznidos. Antes que

nadie, presentía la llegada del maestro y de su comitiva de oficiales, aprendices, amigos y criados, canteros y orfebres, estudiantes y parásitos, y el idiota, abierta la boca espumante, los veía pasar entre nubes de polvo blanco y rosa. El divino escultor pasaba temprano por la mañana, rumbo a la cantera, sin detenerse en el pueblo; no tenía tiempo ni humor para fijarse en el idiota que atado al árbol agitaba sus brazos de mono. Los saludaba a su manera: ladraba, berreaba, graznaba, pero el cortejo, envuelto en dorada polvareda, tintineante de bronce y plata, oloroso a perfumes y caballos, desaparecía a lo lejos y otra vez se oían las chicharras en el silencio del sol. El idiota volvía a su quehacer: amasaba, amasaba, amasaba la tierra e iba colocando sus bolas de barro en hileras perfectas. Horas después, cuando el sol martillaba su yunque con más fuerza, y el idiota jadeaba en su labor, otra polvareda señalaba la vuelta del maestro. Entraría en el pueblo a refrescarse bajo la sombra de los olivos, beber el vino frío, comer el queso fresco, acariciar a las mozas. Y el idiota de alguna manera sabía que el divino escultor detendría su mula y se quedaría contemplándolo con una profunda tristeza pensativa que sus admiradores trataban de distraer inútilmente.

En el silencio cenital, el maestro, bajo su máscara trágica de polvo, miraba grave al idiota, y el idiota, baboso y sonriente, lo miraba a él, y solían quedarse así casi inmóviles, durante un tiempo que nadie, ni los aldeanos ni los cortesanos, podían comprender.

Era entonces cuando el idiota parecía querer ofrendarle al divino escultor las esferas de tierra largamente amasadas. Y el maestro las contemplaba secarse al sol. El idiota, apelmazados polvo y agua, había hecho barro denso y ocre, amasado, amasado, amasado, hasta convertirlo en pelotas que colocaba en filas ordenadas. Y cierto día ante el asombro de sus acompañantes, el divino escultor se apeó de la mula para examinar de cerca las bolas de tierra. Entre espumarajos, el idiota graznó algo que el maestro parecía entender. Con muchas dificultades, pudo ofrecerle una de las esferas; la cogió el maestro, la puso en el cuenco de su mano robusta y la observó por todos lados a la luz del sol. La pelota de arcilla se secaba rápidamente, se contraía, se endurecía, y el divino escultor, bajo su imperturbable máscara de polvo, pudo ver que el idiota le había hecho con las uñas tres incisiones: dos ojos y una boca. Los admiradores, los amigos, los criados, se acercaron a ver el don ofrecido por el idiota, y se reían de buena gana, pero el maestro seguía contemplando con profunda tristeza la pelota de barro. Un brevísimo surco de humedad se le había abierto en la máscara blanca, y al cabo vino uno de sus ayudantes a recordarle algo. El divino escultor pareció despertar de un sueño, dejó caer la esfera, se montó en su mula y se encaminó hacia el olivar. Esa tarde bebió más vino y acarició a las mozas más que de costumbre.

Tardó mucho tiempo en volver a la aldea y a las canteras el maestro, pero cuando lo hizo se quedó el verano entero, y luego otro, y otro. Porque no fue a elegir mármoles para sus obras, sino que decidió hacer una allí mismo, la más titánica y sublime que hubiera concebido nunca. Se empeñó en tallar todo el costado de la montaña, esculpir la gran matriz de la piedra y pasmar al mundo con la más soberbia creación que jamás vieran ojos humanos. Así lo hizo, auxiliado por un ejército de discípulos y canteros mientras envejecía, agotándose en el esfuerzo que

asombraba a todos, menos al idiota que seguía sonriente con sus pelotas de barro. Poco a poco, rendida la montaña ante la energía del genio, comenzó a perfilarse en las alturas la obra del divino escultor. No es posible ya describir las formas colosales que se tallaron en el alabastro, pero es seguro que fueron héroes y santos, profetas y elegidos, ángeles y dioses. Aquella obra, maravilla de los siglos, fue la última del artista. Parece que se forjaron teorías diversas para explicar las razones de esa creación peregrina. Todas, desde luego, menos la verdadera, la que el maestro guardaba en el fondo de su corazón oscurecido. El divino escultor, al pasar por última vez frente a la choza del idiota, se detuvo como siempre lo hacía para contemplarlo tristemente. Y esta vez fue más profunda su melancolía, porque el maestro estaba muy viejo, y agotado; y el idiota, más flaco y sarnoso, pero aún sonriente y todavía con fuerzas para mostrarle las pelotas de barro con las mismas, toscas, estúpidas, tres incisiones: dos ojos, una boca. Y el divino escultor, fatigadísimo, sintiendo de pronto todo el peso de las canteras sobre sus hombros, por primera vez le dijo algo:

—Podría ser...

Nunca más volvieron a verse el maestro y el idiota. El divino escultor murió a poco y sus funerales fueron apoteóticos; del idiota nada se supo. Quizá nunca más lo sacaran a la luz del sol.

El tiempo y el mar han roído al fin la montaña entera. La piedra que parecía tan dura, blanca, brillante, se ha ido desgastando, desmenuzando lentamente a lo largo de los siglos. El mármol, y con él la obra titánica del artista, se ha disuelto en el agua del mar. Y de hecho del maestro no queda nada, nada. La inconstancia de los juicios estéticos, la envidia, el olvido, el abandono, lo mismo que las guerras, las revueltas, las hambrunas, las pestilencias, los terremotos, reducen a escombros y polvo todo lo que parecía eterno. Y el viento, y el mar, siempre fiel y rumoroso, royendo, royendo, no han dejado una sola de las obras maravillosas que tallara el divino escultor. Sobre él no quedan sino algunas líneas casi ininteligibles en un cronicón muy antiguo y fragmentario.

Y esta mañana, no lejos de lo que se cree son residuos de unas canteras dolomíticas hundidas en la plataforma continental, cuando el mar no se adentraba tanto en estas costas, unos arqueólogos han hallado pruebas clarísimas de una cultura sumamente arcaica: bolas de arcilla endurecidas al sol. “La forma casi perfectamente esférica —dice el informe preliminar— su regularidad, su consistencia, el cuidado y la paciencia con que han sido amasadas y pulidas, y sobre todo la síntesis de expresión en las incisiones antropomórficas que muestra una de ellas, son evidencia segura de que esta antiquísima cultura poseía relevantes aptitudes artísticas”.